

Medio siglo de revolución cubana: para pensar los desafíos del presente

Beatriz Stoloricz

Agradezco profundamente la invitación del Centro de Estudios sobre América a participar en este encuentro, que me da el privilegio de estar en esta amada isla para compartir estas breves reflexiones, que pretenden ser un humilde homenaje al primer medio siglo de la Revolución Cubana.

Se nos ha convocado a analizar sus repercusiones en Nuestra América. Sin duda la revolución ha cambiado la historia de nuestro continente. Cuando nos referimos a su decisiva influencia en el pensamiento y acción de nuestros pueblos por su emancipación, lo primero a considerar es la historicidad de estas influencias, no sólo por el cambio de circunstancias históricas sino también por la evolución del pensamiento social latinoamericano para interpretarlas.

El afecto y la admiración por la epopeya revolucionaria cubana han sido constantes. Sus realizaciones y logros han iluminado y ampliado el horizonte de las metas de nuestros pueblos para gestar sociedades intensamente humanas. Sin embargo, pese a ese valioso impacto sobre la moral y la voluntad de acción de los luchadores latinoamericanos, en los últimos años la experiencia cubana ha sido considerada una excepcionalidad que la aparta, en la práctica, del debate sobre la izquierda latinoamericana, sobre sus definiciones, sus prácticas y realizaciones; como si estuviera en una relación de exterioridad con los problemas y exigencias de los demás procesos de cambio en la región. En el presente, cuando cada vez más numerosos sectores populares conducen a la izquierda a asumir responsabilidades de transformación de vidas y países, los argumentos de la excepcionalidad llegan a constituirse en una excusa o una justificación para hacer cambios limitados o para la renuncia a los fines emancipatorios que son consustanciales a la izquierda.

En buena medida esto se originó con la reducción del análisis sobre los fines de la izquierda al tema de las vías. Años atrás, esto generó desde fallidos intentos de réplicas, hasta igualmente fallidas caracterizaciones de las virtudes de la izquierda por sus formas de lucha, subsumiendo los temas fundamentales que hacen a la capacidad para promover cambios de fondo. Hoy, cuando

importantes transformaciones sociales se están llevando a cabo por algunas izquierdas que llegan al gobierno a través de procesos electorales, mientras otras que tienen condiciones para hacer transformaciones no las hacen, es cada vez más claro que son sus realizaciones las que definen a la izquierda, y no el modo como se llega al gobierno y al poder.

En la muy necesaria distinción entre gobierno y poder, también hay limitaciones analíticas de larga data que en el presente refuerzan la separación que se hace de la experiencia cubana respecto de la reflexión sociopolítica en otros países. En particular, el atribuir a la “toma” del poder sus realizaciones, y explicar las limitaciones de otras experiencias porque en ellas se tiene el gobierno y no el poder. De una parte, se asume el poder como si el poder popular estuviera dado y no se tratara, en realidad, de una construcción. De otro lado, se elude que el gobierno es un importante espacio de poder en el Estado, que aunque es insuficiente puede ser un decisivo factor de impulso de cambios para la construcción del poder popular. En el fondo, hay aquí excusas para no asumir lo que en efecto es la excepcionalidad de la revolución cubana y que tiene una enorme vigencia para pensar los desafíos de la izquierda en nuestra región.

La excepcionalidad de la revolución cubana consiste en que es la única revolución que tras 50 años es fiel a sus principios y objetivos, y que ha hecho de la defensa de sus logros y conquistas un componente de su creación revolucionaria. Revolución que no se deja derrotar, y que de esta manera nos entrega una inédita perspectiva de larga duración que ya constituye un fundamental aporte a la filosofía de la praxis, a la teoría y a la práctica de la transformación radical de la sociedad.

Comienzo por destacar esto, pues el primer medio siglo de la revolución cubana destruye el fatalismo de las derrotas, como si estas fueran el único destino de las luchas de los pueblos. Con lo que desmiente a los conservadores que se solazan afirmando que la utopía emancipatoria no es más que expresión de una religión laica de promesa escatológica, cuya fe se alimenta sólo de martirologios, y sin futuro desde el presente.

Esta revolución ha perdurado pese a tener que enfrentar el bloqueo imperialista más prolongado de la historia, constantes agresiones y enormes obstáculos para recorrer su camino, pues no padeció del determinismo

pesimista que niega la posibilidad de cambiar las circunstancias históricas. En buena medida ha sido producto del heroísmo de este pueblo, que tanto admiramos, pero también ha sido la construcción racional del cambio, tanto en los fines como en la gestación de los medios para realizarlo.

Esta revolución floreció como creación heroica, ni copia ni calco, gracias al desarrollo de pensamiento crítico. Y este le permitió tener una excepcional mirada estratégica, que eleva la perspectiva para una época histórica en función del conocimiento que se tiene de ella y de la capacidad de anticipación sobre las tendencias posibles pese a las incertidumbres, sin quedar atrapada en las sobredeterminaciones de las coyunturas.

Esta revolución fructificó porque no ha hecho de la ética un mero adjetivo, sino la sustancia política y moral de su legitimidad. Porque llevó a cabo una profunda reforma intelectual y moral como medio y como fin, para que fueran los propios hombres y mujeres los sujetos de su emancipación, en una práctica solidaria. Porque creó instituciones para cambiar las circunstancias históricas, y creó un poder popular con capacidad de decisión para que esas instituciones fueran transformadoras, con la participación de toda la población en organizaciones de masas y territoriales. Con un liderazgo político responsable y audaz fusionado con su pueblo. Con lo cual la revolución creó un nuevo Estado, como Estado ampliado en y de una nueva sociedad, y no sólo como aparato. Y que como base material para esa nueva relación democrática entre gobernantes y gobernados se reapropió de la riqueza social y de los recursos naturales expropiados a su pueblo, y llevó a cabo una radical distribución de la riqueza bajo los principios de la igualdad, que no pueden ser rebajados por las caricaturas que se hacen del igualitarismo. Una revolución que llevó a cabo la unidad política de la diversidad de la izquierda, antes y después del triunfo, recreando esa unidad política para cada nueva fase de los cambios, dirigida hacia su profundización y no a la inversa. Una revolución que desde hace 50 años practica un antimperialismo ineludible como la más sólida forma de realismo político. Y, no menos importante, que floreció como una revolución poética, en el doble sentido de creación (poiesis) y de estética, cultivando no sólo lo justo y lo bueno sino también lo bello.

Desde luego que este no ha sido un proceso de avance lineal ni mucho menos perfecto. No sólo por los condicionamientos externos impuestos por el

imperialismo, con efectos mucho más rigurosos tras el derrumbamiento de la URSS, sino también por limitaciones internas, debido a formalizaciones y a concepciones que han afectado, en distintos momentos, su fuerza creadora colectiva en la que se ha basado su potencia.

Cada uno de los logros de esta construcción racional y heroica, así como las dificultades y errores, son una fuente de aprendizaje práctico y teórico para todos los procesos de cambio en América Latina. Y también deben ser el espejo en el que se mire la propia revolución, para que no ocurra lo advertido por el compañero Fidel en diciembre de 2005, en el sentido de que el país es invulnerable ante el imperialismo pero que la revolución podría llegar a autodestruirse.

Muchos otros temas son aportados por la larga duración de esta experiencia revolucionaria, algunos de los cuales no son suficientemente pensados, incluso en su proyección teórica. Uno de ellos, por ejemplo, es la tensión —quizás inevitable en toda revolución— entre la consecución de los objetivos estratégicos y la resolución de las necesidades materiales inmediatas de la población, lo que no es sinónimo de consumismo; considerando, además, que la resolución de esas necesidades forma parte de la emancipación perseguida en aquellos objetivos. Esta tensión es aún mayor tratándose de una región periférica y dependiente del capitalismo.

La discusión de este tema, basada exclusivamente en términos de instrumentos de política económica, como suele hacerse, no encuentra en Cuba un “modelo” económico de referencia. Es verdad que en cada coyuntura, una más difícil que la otra, hubo búsquedas y aplicaciones muy disímiles, algunas de las cuales fueron decididas con el acicate de la necesidad o por influencias de las que Cuba no es totalmente inmune. Pero aun así, la revolución ha podido superar situaciones de hecatombe, como en el Período Especial, porque fue fiel al principio estratégico de que los objetivos sociales tienen que ser el corazón y la esencia de toda política económica, y no un complemento de ella.

Enseñanza fundamental, todavía más en la época que se ha abierto de crisis del capitalismo como sistema histórico. Época en la que cada éxito del capital produce contradicciones incurables que el propio sistema ya no puede

absorber suficientemente; crisis histórica de la cual la crisis financiera actual es un claro síntoma.

La necesidad de una perspectiva estratégica es ahora mucho mayor que en los 50 años transcurridos, en los que hubo mayor previsibilidad que ahora. La época que se ha abierto no es aún de derrota del capitalismo senil, ni los privilegiados de este sistema dejarán de buscar por todos los medios su conservación. El margen de opciones para la conservación del sistema no es muy amplio, dado el grado de concentración y centralización del capital. Pero, tratándose de una época de una implacable disputa por el devenir de la humanidad y del planeta, está también cargada de incertidumbres pues depende de la capacidad de acción de todos los contendientes, en un marco de aceleración de los tiempos.

Los riesgos de posibilismo pragmático son muy grandes ante las urgencias para resolver problemas de corto plazo. La carencia de una perspectiva estratégica hará que cualquier error en la dirección que se tome tenga profundas consecuencias negativas. Y pese a las incertidumbres, lo que es seguro es que la acción de quienes luchan por la emancipación no puede hacerse depender de las decisiones de las clases dominantes y además tiene que poder saberse, al menos, qué es lo que no se debe hacer. Sin embargo, hay serios problemas en el estado actual del pensamiento llamado crítico, sobre el cual el pensamiento dominante sigue ejerciendo una notable influencia. La batalla de ideas está lejos de haberse ganado.

Lo observamos nítidamente en estos días. Con mucha soltura se afirma que estamos ante el fin del neoliberalismo, pues líderes intelectuales y políticos del sistema claman por regulación financiera y más Estado. Esto no es nuevo, así se viene planteando desde las crisis financieras de 1995 y 1997. Desde el Banco Mundial, bajo la vicepresidencia de Stiglitz y desde el BID bajo la conducción de Iglesias, se fue imponiendo lo que desde entonces denominaron como posliberalismo, y que llegó a presentarse como esencia del progresismo. Su estrategia posliberal se basó en el neoinstitucionalismo, el socialliberalismo y el neodesarrollismo. Según sus impulsores, se trataba de posliberalismo porque caracterizaron al neoliberalismo tan sólo como excesiva desregulación financiera, y lograron imponer esta caracterización incluso entre la izquierda. La regulación financiera, que desde entonces promovieron, no estaba dirigida a

debilitar al capital financiero sino a darle mayor seguridad para expandir los mercados financieros. Bajo los principios socialliberales de “igualdad de oportunidades” y “atención focalizada a la pobreza extrema”, se transfirió al capital una parte inmensa del fondo de consumo de los trabajadores, lo que condujo a una mayor concentración del ingreso y de la riqueza. El neoinstitucionalismo, dedicado exclusivamente a garantizar los derechos de propiedad del capital, intensificó la intervención del Estado para dar seguridad jurídica y política al capital, asegurándole más rigurosas condiciones de explotación y transfiriéndole riqueza social vía impuestos, tarifas y endeudamiento público, riqueza expropiada a los trabajadores y a los consumidores pobres. Debe decirse que de todo esto se ha beneficiado también la burguesía media latinoamericana.

Esta enorme concentración del capital llevada a cabo bajo las estrategias posliberales desde la segunda mitad de los noventa está también en la base de la magnitud de la crisis financiera actual, en la que no todo es capital ficticio sino valor expropiado; crisis que dará un nuevo impulso a la concentración y centralización del capital.

Ya desde comienzos de esta década, sectores del capital transnacional han buscado preservar la acumulación de los riesgos especulativos, y han dirigido parte de su capital a inversiones en infraestructura energética; en infraestructura hídrica; en minería; inversiones en grandes extensiones de tierra para la agroproducción, que además destruye al medio ambiente; y en sistemas multimodales de vías de comunicación y transportes, estratégicamente diseñados para facilitar y abaratar la extracción de esos energéticos, materias primas y recursos naturales.

Esta inversión transnacional para la expoliación actual y futura de América Latina, junto a socios locales, es cofinanciada por los Estados con las muy apreciadas asociaciones público-privadas, o sea que es cofinanciada por los asalariados, los pobres y sectores de la clase media de nuestra región. Esta inversión “productiva” genera poco empleo y muy temporal, y se rige por los cánones de la sobreexplotación que el neoinstitucionalismo le dispensa al capital.

¿Es esto la superación del neoliberalismo porque no es especulación sino inversión en la llamada economía real? Incluso los gobiernos que han

tenido ciertas fricciones y enfrentamientos con el gobierno de los Estados Unidos están comprometidos con varios de estos proyectos. El llamado neodesarrollismo, ¿no es acaso una estrategia imperialista ejecutada por el capital transnacional, incluso con mayor presencia relativa europea y latinoamericana que estadounidense? Los posliberales están hoy de parabienes para reforzar sus estrategias de administración de la crisis del capitalismo, no obstante que ahondarán el saqueo a nuestros pueblos y países.

Estas no son alternativas al neoliberalismo. Una mayor regulación al capital especulativo no basta para limitar la depredación capitalista, lo que Harvey denomina acumulación por desposesión, mostrando el carácter permanente de los métodos de acumulación originaria. Las alternativas en América Latina sólo pueden ser anticapitalistas. Y el antimperialismo sólo puede realizarse como anticapitalismo, y no reducido a nacionalismo como hoy se le está concibiendo, con lo que se dan pasos atrás de las caracterizaciones de Lenin al respecto. El problema de las alternativas, por lo tanto, exige una mayor fuerza social y política popular para enfrentar al capital, pues esa fuerza es menor al deseo de cambio. Y se necesita esa fuerza también para modificar las decisiones gubernamentales equivocadas de varios gobiernos de izquierda o llamados progresistas.

La no discusión de estos temas porque se aduce que se le hace el juego a la derecha, o por razones geopolíticas, expresa una corta mirada estratégica, pues no sólo se refuerza al imperialismo sino que se frustran las expectativas de cambio de nuestros pueblos, y eso sí le hace el juego a la derecha. Hoy se le presta atención primordialmente a las acciones conspirativas de la derecha para recuperar los espacios gubernamentales perdidos o que no controla. Pero también puede llegar a lograrlo imponiendo sus propios objetivos a los gobiernos de izquierda y centroizquierda, de manera práctica o con su hegemonía ideológica. E incluso podría lograrlo mediante elecciones si explota las frustraciones populares de cambio.

Hemos llegado a esta inédita realidad continental de extraordinarias posibilidades de cambio por la lucha de los pueblos, que tienen ganado el derecho a que los avances conquistados no sean otra vez derrotados.

Por eso, estos primeros 50 años de la revolución cubana, fiel a sus principios y objetivos, que no se ha dejado derrotar y que para ello ha buscado

recrearse, tienen una significación inmensa para los actuales desafíos del pensamiento y la acción de los pueblos de Nuestra América. Y por ello sólo podemos celebrar este primer medio siglo de revolución con enorme gratitud.